

angelon; topoi o topografía; en tê diêgêsei). En cada caso se procede a estudiar las señales de demarcación, los elementos constitutivos y la expansión (los detalles narrativos más significativos de cada fragmento). El trabajo analítico desarrollado por la autora es sinceramente admirable y los detalles en los que hace que el lector se fije son innumerables.

En la tercera parte del volumen se nos presentan los textos en los que Juan se presenta como testigo auditivo y heraldo de la Palabra de Dios. LGU remarca los aspectos literarios que configuran el carácter dramático del texto del libro de la Revelación de Juan. Aquí los contrapuntos que la autora descubre con el drama griego antiguo son de gran interés: diálogos, discursos de mensajero y función de los siete coros que aparecen en la obra. El apartado dedicado al estudio de la atmósfera sonora del Apocalipsis es profundamente original: se trata de una obra literaria destinada fundamentalmente a ser escuchada por una comunidad que tiene como centro de su

vida la fe en el Cordero degollado que se manifiesta en esta obra como triunfador al lado de Dios. El estudio de las características del estilo oral del Apocalipsis, que constituyen la última parte del tercer capítulo de la obra, es otra de las aportaciones absolutamente innovadoras del estudio de LGU.

En conjunto creo que *El Apocalipsis: pautas literarias de lectura* de Lourdes García Ureña es la aportación más importante a la lectura del libro bíblico del Apocalipsis en la bibliografía internacional de los últimos tiempos: la autora con una competencia analítica realmente sorprendente y un dominio magnífico de la bibliografía exegetica, lingüística y literaria ha sido capaz de individualizar las claves literarias más significativas de esta obra intrigante y críptica –como la ha definido la profesora Yarbro Collins– que a lo largo de los siglos ha fascinado a todo tipo de oyentes, estudiosos y artistas.

Joan FERRER

Ricardo PÉREZ MÁRQUEZ, *El Apocalipsis de la Iglesia. Cartas a las comunidades*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 2012, 153 pp., 15,5 x 23,5, ISBN 978-84-330-2607-1.

El Apocalipsis de la Iglesia es una traducción y comentario a los tres primeros capítulos de ese libro bíblico, en el que aparecen las cartas a las siete Iglesias de Asia. Una primera lectura tanto del libro completo como, más concretamente, de estas cartas, podría dejar la impresión de encontrarnos ante una obra terrible o, cuando menos, en gran parte desconcertante. Sin embargo, el último libro de la Biblia es un texto realmente reconfortante, que pretende infundir ánimo y coraje a sus destinatarios. En todo caso, para poder llegar a comprender mejor su mensa-

je, es necesario analizar en profundidad las imágenes usadas por el autor. El libro del *Apocalipsis* no es el anuncio de un desastre, sino una revelación de algo que aún permanece oculto, y en donde se encuentran los motivos que pueden ayudar a afrontar tanto las tentaciones como las persecuciones que sufren sus destinatarios.

La obra de Pérez, experto en el *Apocalipsis*, está dirigida a todo tipo de lectores. En su opinión, el mensaje de las siete cartas goza de una gran actualidad. En ellas, se describen actitudes que los miembros de

la Iglesia deben poner especial esmero en cuidar. Por las razones que fueran, casi todas aquellas Iglesias no lo estaban haciendo. Pérez resume así el contexto específico de cada una de ellas: «De forma sintética se puede enumerar sus rasgos esenciales en estos términos: el apego a la ortodoxia (Éfeso), el testimonio evangélico (Esmirna), las avenencias con los poderosos (Pérgamo), el culto a la personalidad (Tiatira), la pérdida de la identidad (Sardes), la fragilidad (Filadelfia), el abandono a las riquezas (Laodicea)» (p. 23).

A lo largo del libro, el autor dedica un capítulo a cada una de las cartas; antes hay una breve introducción y unas páginas dedicadas a «Aquel que habla a las Iglesias». Pérez esboza un sencillo cuadro del autor del *Apocalipsis*, una persona en especial comunión con las siete iglesias. Éstas están sufriendo una grave crisis, motivada sobre todo por su falta de fidelidad al mensaje evangélico. Su peor enemigo, al menos por lo que queda reflejado en esos breves textos, es, más que las persecuciones externas, su estilo de vida. Del análisis de estos pasajes, podemos extraer, asimismo, un cuadro del ambiente de aquellas primeras comuni-

dades cristianas, fundamentalmente urbanas, amenazadas por el peligro del excesivo bienestar, y que a muchos les estaba llevando a dar un mal testimonio de su fe. El simbolismo que usa el autor del *Apocalipsis* permite, gracias a su poder evocativo, afirma Pérez, que ese mensaje tenga un valor perenne. Las siete cartas, en el conjunto del libro del *Apocalipsis*, muestran así el camino para poder entender lo que vendrá en el resto del libro: «las Iglesias no pueden hacer una lectura profética de la historia sin llevar a cabo previamente una evaluación rigurosa acerca de su propia realidad interior» (p. 27).

El comentario de Pérez no es técnico, y es de lectura agradable. Versículo a versículo, explica tanto el contexto como la terminología y las imágenes, lo que hace mucho más cercano el texto y posibilita una comprensión más exacta del mensaje. Gran parte de las indicaciones dadas a las iglesias se mueven en el ámbito de la caridad y la pobreza. No cabe duda de que se trata de un mensaje perenne, que invita a todos a una conversión continua.

Juan Luis CABALLERO